

# EL GUANTE ENCANTADO



AUTOR: JOE M. DAITZ

TRADUCCIÓN: TOMÁS URTUSÁSTEGUI

Podía yo oler todo el camino las crujientes galletas de chocolate que mi mamá cocinaba. Olían tan deliciosas que la boca se me hacía agua. Al irme a jugar mi mamá siempre me daba una, y alguna vez dos, de ellas. Yo estaba

construyendo un fuerte contra los apaches, con torres y puertas grandotas con ramas y cajas de cartón. Ya casi lo estoy terminando. Todos los días lo tapo con el impermeable viejo de mi papá. Así ni se rompe ni se cae. Al agarrar del suelo una rama que estaba debajo de un montón de hojas vi algo raro. Moví las hojas y puede sacar un pequeño guante. Nunca había visto un guante como ese. Tenía diferentes colores, como los del arco iris y cada dedo era de diferente material, uno era de tela, otro de madera, una más de metal. Lo agarré y traté de ponérmelo. Me quedó como ni mandado a hacer. De repente empecé a sentir como si muchos grillos brincaran encima de todo mi cuerpo, mi pelo se movía igual a que si una tormenta estuviera sobre él, mis ojos parpadeaban cada vez a mayor velocidad y mi mano temblaba como se le dieran toques eléctricos. Era una sensación muy chistosa. Levanté el brazo y de golpe empecé a elevarme. Mis pies ya no tocaban la tierra. ¡ Estaba en el aire! No lo podía creer. De seguro el guante tenía poderes mágicos. Señalé hacia el cielo y empecé a subir más rápido y más alto. De verdad iba volando. Me sentía como "Superman".

Lo primero que se me ocurrió fue enseñarme mi poder a Jimmy, mi mejor amigo, que vive al lado. Volando fui hasta su ventana y toqué en el vidrio. Él estaba acostado leyendo un libro. Cuando oyó los golpes en el vidrio miró hacia la ventana y al verme a mí volando sus ojos casi se le salen de la cara. Me preguntó que qué hacía ahí y que si esto de volar era un truco. Le dije que no y le platicué de mi guante. ¡ Qué padre! fue su única exclamación. Lo invité a volar conmigo. Me dijo que sí pero que tenía que pedir permiso a su mamá primero. Bajó corriendo a buscarla, ella le dio el permiso pero con la condición de llevar algo de comer, algo para el frío y la promesa de no llegar tan tarde. La mamá corrió por un suéter, después metió en una bolsa de papel dos sándwichs y dos manzanas; besó al hijo y se despidió de él con un beso.

Jimmy me preguntó como iba él a volar si yo tenía el guante mágico puesto. Le contesté que sólo lo tocara. Al hacerlo salió volando por la ventana. Estaba muy asombrado. Igual que yo. Del gusto gritábamos para todos lados. Elevamos las manos y empezamos a subir más y más. Era de lo más divertido. Volamos sobre nuestra escuela para que nuestros compañeros nos vieran pero ya se habían ido a sus casas. Volamos junto a unos pájaros negros; cuando ellos nos vieron se asustaron y se fueron en otra dirección volando a toda velocidad. Cuando llegamos al aeropuerto le dije a Jimmy que se fijara bien para no chocar con los aviones, que no voláramos tan cerca de ellos. Y de repente que un avión viene en contra nuestra...¡ Qué susto! Nos tuvimos que hacer de lado rápidamente hasta llegar al lugar en que el público esperaba. Todos estaban asombrados y con el dedo nos señalaban. De ahí pasamos al zoológico. La gente dejó de ver a las jirafas, a los elefantes, a los canguros, por vernos a nosotros. No pudimos aguantar la risa y con grandes carcajadas nos alejamos. El siguiente lugar al que llegamos fue al centro de la ciudad. Los automovilistas casi chocan al vernos volar. Todos paraban sus carros y se bajaban de ellos para señalarnos y para comentar con sus vecinos. Era muy divertido.

El sol ya estaba por irse a acostar y a luna para salir a bailar cuando le pregunté a Jimmy si no se le antojaba ir allá, a la luna. El preguntó si se podía. Claro, le contesté, si los astronautas ya pudieron por qué nosotros no. Para luego es tarde, dijo, y los dos salimos a toda velocidad. Al mirar hacia abajo vimos como la tierra, que es tan grande, se iba haciendo chica, cada vez más chica, hasta quedar de un tamaño que yo podía agarrarla con la mano. Pasamos junto a una estación espacial que de seguro era norteamericana ya que tenía nuestra bandera. Un astronauta nos vio desde su ventana redonda, le hicimos señas de adiós y él nos las hizo de buena suerte levantando su pulgar

y sonriendo a la vez. En ese momento pudimos ver miles de estrellas, qué digo miles, millones de ellas. Cómo brillaban. Se parecían a mi árbol de Navidad. La luna ahora era más grande. Al fin pudimos alunizar. Al tocar la luna con nuestros tenis nos pusimos a brincar de puro gusto y a chocar nuestras manos. Pensar que éramos los primeros niños en llegar a ese lugar. Me moría de ganas de regresar para ir a la escuela y contarle a todos lo que habíamos visto. Al rato de estar sobre la luna nos empezamos a aburrir ya que no hay mucho que hacer, sólo piedras y hoyos. La tierra a lo lejos parecía una pelota de todos colores. Fue cuando nos dio hambre. Jimmy sacó sus sándwiches y yo las manzanas de él que las había metido en mi bolsa para que no se cayeran. Qué rica nos supieron. Levantamos toda la basura para no dejar nada y la guardamos en nuestra ropa. Yo con mi lápiz escribí: " Jimmy y Richy estuvieron aquí" para que cuando llegaran otros astronautas vieran que dos niños ya les habían ganado. Jimmy me pidió que regresáramos, que le había prometido a su mamá llegar temprano. Yo acepté... ¡ Dios mío! ¿ Y el guante? Me lo había quitado para comer y ya no estaba ahí. Le pregunté a Jimmy si él lo había agarrado. Como locos nos pusimos a buscarlo por todos lados. Ya nos veíamos durante todo el resto de nuestras vidas caminando sobre la luna, manteniéndonos de comer piedras. Me puse a temblar de miedo, Jimmy también. De nuestra temblorina todo lo que estaba alrededor nuestro empezó a moverse, las piedras rodaban y chocaban entre sí. Más miedo nos dio esto y mas nos pusimos a temblar. Ahora eran cientos de piedras corriendo en todas direcciones. Debajo de una de ella apareció el guante. Lo agarré y dejé de temblar. Todo se detuvo. ¡ Qué susto! Todo el camino de regreso vinimos los dos cantando y riendo. Al fin aterrizamos, pero no en nuestra ciudad. Las casas eran diferentes, los árboles y los animales también. Nos

volvimos a asustar porque sabíamos que estábamos perdidos. Jimmy empezó a llorar.

Fue entonces cuando oí a alguien gritar llamándome. ¡ Richy, Richy, ya es hora que te levantes para ir a la escuela. Richy, despierta! Abrí mis ojos, miré a la ventana y vi al sol entre las ramas de un árbol. Me dije a mí mismo: es el mejor sueño que has tenido en toda tu vida. Riendo me levanté de la cama.